Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Libros, capítulos y artículos Creación Literaria

Vengo del sur. Mi nombre: Juan Bañuelos. La poesía de Juan Bañuelos

Fernández, Ángel José

2015-03-06

http://hdl.handle.net/20.500.11777/286

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

LA POESÍA DE JUAN BAÑUELOS

Ángel José Fernández

Con el apoyo sustancial de Gorki, en 1960, Juan Bañuelos redactó el preámbulo "Sobre la tierra" a *Puertas del mundo*, su primer libro impreso, también su "primer testimonio" público como hombre comprometido con la realidad social. Entonces, como ahora, afirmaba inclinarse "por una poesía de visiones", en tanto que estaba convencido, aun en la madurez que ya ostentaba poco antes de cumplir los treinta años, de "que lo real es lo que crea la imaginación" y no al contrario, como muchos, frente a su tacita de cristal, se han imaginado. Dicho arranque estético parecía contradecir otra de sus afirmaciones allí expresadas, ésta de carácter ético, pero a la que ahora le ha fundado coherencia: que entonces, como en el presente, "que en su vida, pues" —como se habla en Chiapas—, le había tocado "vivir los años del desorden, el atropello y la catástrofe más desorientadores del hombre".

Cuatro décadas después, tras toda una vida poética de por medio, y frente al compromiso del diario vivir, no ha hecho sino reiterar, ahondándolo, al juntar su obra, con la venia de César Vallejo —que no de Neruda—, en *El traje que vestí mañana*, y que en 1960, al abrir fuego con su palabra, con la palabra impresa, sólo se podía presumir, porque era, apenas, un impulso que tiraba adelante, y que a una distancia de medio siglo continúa tirando, sólo que ahora, más que mirar hacia el futuro, mira hacia un presente eterno.

Ahora sabemos, sólo gracias a la publicación de *Giros en liras*, y en general por el contenido de la sección "Vecinosinconjuntos", que abarca obras anteriores a las que incluyó en *Puertas del mundo*, es decir, que con la aparición tardía de sus poemas primerizos, es posible que podamos vislumbrar la educación del joven aspirante y observar el compromiso temprano adquirido por Bañuelos: buscar —el poeta había dicho entonces: "saquear el tesoro del idioma"— y hallar, en consecuencia, "la palabra justa", esto es, su materia prima, que desde un principio cobró en el escritor la concien-

cia compartida con el lenguaje y con la aspiración social de su pueblo, en particular la de los más desprotegidos, presidiarios de sangre y que por la sangre ancestral reclamaban, sin encontrar a cambio, una respuesta.

La edición de *El traje que vestí mañana*, aparecida en la primavera de 2000, permite hacer un ajuste necesario: el de la reconstrucción, desde todo punto de vista, de una obra poética total, que, con el libro, deja ver, por fin, las etapas de su propia construcción, desde las bases de la hechura hasta los resultados materiales, dignos de medida, aprecio y juicio. Ya no es, la de Bañuelos, obra poética en fermento y tránsito: es obra definitiva, aun sin dejar de transitar, fruto en agraz, aporte a las letras y a la cultura, por encima de toda frontera, incluyendo la ideológica, y destruyendo, con aquélla, toda posible desunión que separe al poeta del ideólogo.

Y ahora que está aquí la mayor parte de una obra y de un hombre, pueden verse los caminos, las luchas, las rabiosas alegrías, las ternuras más tristes, el sinsabor que es suma de los sabores mayormente recordados. ¿Cuáles han sido y son los temas de Bañuelos? Los temas poetizados del hombre: ciudad y campo como contradicciones persistentes, como la de la pobreza y la de la fertilidad frente al asombro; y allí, y desde allí, el día y la noche, con ese otro tema oscuro que subyace: la razón dual de la muerte; el día que camina y más que la noche que sueña o la noche en sentido puro, la del desvelo y su inquietud, que es espera y ausencia, fidelidad y ruptura, donde nunca ha de obstinarse la opción de la deslealtad. Poeta del sol y de la luna y, con ellos, los astros del saber y de las mitologías, un grito de animal, metido en un cuarto, y con los ojos abiertos, una rosa en la entraña: todo aquello que se vuelve a inventar, sin parodia, sin olvidarse de la realidad, frente a los precipicios, sean esencia o escabrosa catástrofe que se ha sufrido a través de la caída, por medio de la escalera de la represión, el desamor o por la del más preclaro de los silencios.

Bañuelos —dijo Octavio Paz, en 1966, antes de que la denuncia pasara a sus hechos— "es el trueno". Sí. Pero, además, es vigor, es furia, es dolor, es desasosiego real, más sensible que simbólico. Su voz, por ello, ha sido y tendrá que ser plural, y, también por ello, ha evolucionado: del dolor individual corre al social, y en éste halla su reflejo; del dolor citadino va a los hombres de la selva, de donde ha ido y venido, y hasta donde llega para cantar, con su voz más personal, la que es el grito de los oprimidos. No es el suyo, sin embargo, un grito panfletario: es expresión en torrente, una voz compuesta por muchas voces, sin eco, desgarradoras, pero tam-

bién tan escuetas como ricas, porque con ellas se recupera la invariable, verosímil dignidad.

Si comenzaba a ser este dolor una presencia en muchos de los poemas iniciales de Juan Bañuelos, esta voz ritual pasó a ser esencial en *Espejo humeante*. Volvería a la carga en los poemas que abrirían uno de sus libros más entrañables: *Destino arbitrario*, ya que, con ellos, Bañuelos conseguiría verdadera consagración, que redundaría ahora, con su libro reunido, primero en *Coyote azul con guitarra* —una voz, además, tan inédita como esperada por sus lectores—, donde aparecería la voz heteronómica del *otro*, con la dotación de una vida compleja y con cuya suma habría de consagrarse, primordialmente, en *Nómadas de la aurora boreal*, otro de sus libros inéditos. Ha construido el poeta, con las alforjas llenas, el canto, que ya había manado de fuentes tan diversas como el rostro de una muchacha o el cañón del Sumidero, en tanto que visiones brotadas de lo *suyo*. Es poesía que ha llegado a la sencillez de la complejidad, que resume, por ejemplo, en dos de los poemas de su último libro: "Estelas de los confines" y "El descenso de Tzots Choj", donde los protagonistas han surgido de la tradición para llegar a ser y sentirse "hombres verdaderos", y que Bañuelos ha recuperado, para el Occidente incrédulo, a través de su andar y sus rituales mágicos.

Extraño, sin embargo, un par de aspectos, dos ausencias o silencios en *El traje que vestí mañana*: aquella voz de aliento que le diera el impulso, en primer término: la calidez humana y la complicidad igualmente humanitaria de su colega y guía de su generación, Agustí Bartra, que había sido hermanable al par que detonadora y que ahora no ha sido siquiera mencionado en los apéndices del libro, como, por el contrario, ha surgido, como reiteración y anhelo, desde un más allá, la inclusión de los conceptos que sobre un incipiente Juan Bañuelos apostaría para la consagración Rosario Castellanos.

Y con Bartra ausente habría de devenir aquello que había comenzado en 1958, y que en 1960 diera pie a una generación que había estado unida por "amistad y coincidencias", que diera a las letras mexicanas un respiro entre tanto vacío y que, de un tiempo a esta parte, al parecer, ha terminado por romperse. Me refiero, desde luego, a lo que hoy es una generación prendida por alfileres, unida sólo en el papel de lo histórico-literario: La Espiga Amotinada, a sus libros colectivos, el primero de los cuales nomi-

naría al grupo, y a la reiteración que diera origen a otro libro comunitario: *Ocupación de la palabra*, impreso cinco años después de aquél, en 1965.

Y mi extrañamiento es porque ambos libros irrumpirían con su fuerza en el silencio —diría más: en el letargo— de las voces acalladas de la poesía en México y porque su mensaje social y poético presagiaría, como sabemos, el parteaguas histórico que amanecería con la primavera de Praga, luego en las calles de París y pronto en toda la Europa asediada por los rescoldos de la segunda guerra mundial, y que tuviera en el 2 de octubre de 1968 su domicilio en México: "su hora de los allanamientos", como ha dicho el poeta, que diera lugar a la barbarie y a la represión, junto con su recetario de angustias, de violencia y de muertes, que han escondido los cobardes, y con cuya lección hemos empezado a vivir, de cara al mundo, como consecuencia de una de sus verdades más intensas: nuestra aún parvularia transición democrática, que ha surgido con base en el respeto por las diferencias de opinión y de creencia.

Fuera del extrañamiento aquí señalado, lo inmediato sería afirmar, desprovisto de todas sus orillas circunstanciales, lo que en sí mismo significa el libro de Juan Bañuelos para la literatura en castellano. De entrada, una sana desaparición: la de los límites caseros, estorbosos por definición, ya que deberá ubicarse, mal que a muchos pese, en los ceñidos terrenos universales, a los que sólo tiene acceso la poesía, así, sin adjetivos. Esa ha sido su vocación y ese ha de ser nuestro premio como lectores, en la medida en que Bañuelos se resistió, por largos años, a publicar lo que nos tenía prometido y que no había querido arrojar al espacio público, junto con todo su consciente dolor. Por fin tenemos una versión impresa confiable de "No consta en actas", quizá su poema más conocido, repetido, cantado, escrito inclusive en las paredes y, por ello mismo, quizá su texto más malversado, tergiversado por las voces anónimas que lo repetían como propio y, además, en la medida en que se editó en versiones no autorizadas; quizá se trate, asimismo, de uno de sus poemas más alterados, traicionado por las bienintencionadas imprentas piratas y clandestinas, que lo hicieron volar tal las luces de bengala indicadoras en la Plaza de las Tres Culturas.

Y a la par de "No consta en actas", la obra reunida de Bañuelos pone en circulación otros libros inéditos o en trance de escritura, pero que son de suyo imprescindibles. Verlos editados nos refresca con la emoción de volvernos a encontrar con *Espejo humeante*, agotado casi a raíz de su inmediata publicación, en 1968, luego de haber sido premiado en Aguascalientes, y

con la de toparnos con *Destino arbitrario*, que se editara ya hace mucho, en 1982, bajo la supervisión y el buen gusto tipográfico de Mario del Valle, y del que se hiciera un corto tiro, lo que implicaba en gran medida haber pasado inadvertido para los lectores. Vista en su impresionante conjunción, escogidos los materiales de un libro condenado al cajón: *De solación del bosque*, del que Juan Bañuelos ha exonerado únicamente algunas de sus piezas, y dados a conocer en gran parte sus materiales inéditos: algo así como la mitad de sus poemas: su *opera omnia* y, quizá, la mejor parte, ya se puede, sin embargo, establecer un balance y acomodar las piezas en su orden lógico: estamos pues, de hecho, frente a una lectura que nos brinda una grata revelación: la de estar, por fin, frente a un poeta de grandes ligas. Ha pasado con Bañuelos, realizadas las enmiendas que he consignado, lo que en su momento ocurrió con los papeles de Boscán y Garcilaso, puestos en las manos del divino Herrera: las páginas de Juan Bañuelos han revivido, están presentes y gozarán por siempre de buena salud.

Y si ligar y re-ligar implica un tono amable de la antiquísima *religio*, en tanto que comunión, lo que a la vez implica un volvernos a congregar o un volver a unirnos, quisiera subvertir, agotados los temas, que los textos de Juan Bañuelos no han de ser otra cosa que productos humanos, para, enseguida, pasar al capítulo de las aportaciones para nuestra cultura: el poeta ha hecho posible el vínculo para con lo soterrado, gracias a la recuperación de ese universo que nos tenía ajenos y de cuya riqueza no participábamos, por haber estado en el limbo de la marginalidad, cuando no en el rincón del desconocimiento. Hay en *El traje que vestí mañana* medio siglo de obra, el que abarca la mitad del último del milenio y el primero de nuestra añorada posmodernidad comenzada a vivir.